

## Una lágrima sobre la tumba de D. Antonio Chabret Fraga

Tiempo ha que bulle en mi mente la idea de rendir homenaje a nuestro muy insigne compatriota, y como los directivos del benemérito CENTRO ARQUEOLOGICO SAGUNTINO, han coincidido en esta obligación conmigo, sabiéndome muy allegado a él, pues mi adolescencia discurrió a su lado, amablemente me invitan a exponer algunas anécdotas a mi alcance y que mi flaca memoria pueda precisar.

Ello no es óbice para que, según nuestro Alcalde en la incipiente cuan prometedora *Révista ARSE*, se le tribute un día el homenaje de dimensiones proporcionadas a su elevada alcurnia. Y como el asunto está en buenas manos, fío plenamente que plasmará en hechos.

En el flujo y reflujo del mar de mis recuerdos luchan en pugna encendida dentro de mi pecho teoría de pensamientos y reacciones tratando de salir a los puntos de mi pluma, y entre todos vence el deseo de decir: ¡Loor, loor mil veces al Saguntino impar que con su desaparición se llevó un trozo de nuestra historia!

Su historia física y sentimental puede resumirse de un sólo trazo invocando el triunfo de su voluntad, y bien lo prueba la tesonería con que llevó a cabo sus ímprobos trabajos para dar a conocer al pueblo a nuestro héroe de la Independencia D. José Romeu. Había que verle siempre afanoso en la búsqueda cotidiana de documentos y datos para desempolvar su historia. Los invencibles obstáculos e insuperables resistencias con que hubo de luchar para conseguir la erección de su monumento en la Glorieta. El triunfo merecido para que un nieto del héroe obtuviese el título de Conde de Sagunto, que un extraño trataba de lograr para sí. En este menester somos deudores los Saguntinos a

nuestro diputado de aquel entonces don Francisco Pacheco que tan brillantemente lo mereció de las Cortes. Por muchos servicios prestados al pueblo, mereció que nuestra calle de José Antonio se rotulase con su nombre.

De suerte que, sin hipérbole, se puede decir que Romeu, Dr. Chabret Fraga y Sagunto es todo una misma cosa.

Prominente figura en ejercicio de la profesión dedicado a la medicina general, el amor a la música hizo vibrar todas las potencias de su espíritu, siendo mocitos de unos ocho años ingresaron en la Banda Municipal de aquellos tiempos, tocando él y mi buen padre la flauta y el flautín, respectivamente, por amor al arte. Después D. Antonio, con su gran cultura musical, tocó el piano, el armónium y el violonchelo, logrando una prodigiosa ejecución, y la guitarra le sirvió para interpretar partituras completas que fueron la admiración de cuantos le escuchamos. También fué compositor inspiradísimo de música religiosa, sus misas, motetes, etc., etc.; y música profana zarzuela, romanzas, pasodobles, etcétera, algunos de los cuales se conservan en el bien cuidado archivo del casino musical «Lira Saguntina». En momentos de inspiración poética, solía decir poco más o menos que los acordes y armonía de la música, ponían en vuelo su alma por los espacios azules del ensueño.

Conocía todos los sistemas filosóficos y los dominaba rebatiéndolos concienzuda y magistralmente según su doctrina predilecta del Sol de Aquino.

¿A qué disciplina del entendimiento sería ajeno?

«La historia de Sagunto», de tan reconocidos méritos, que escribió con su privilegiada inteligencia y paciencia benedictina. ¡Cuántas viglias hubo de

costarle! Esto le obligaba a llevar una vida solitaria en el pueblo, y como alguien en cierta ocasión le advirtiese de su soledad, no incurrió en su enojo, antes al contrario, con su chispeante humor en él característico, pues era ante todo un humorista, le dijo: "Amigo, de águilas y de cumbies es el estar solos: las ovejas siempre van en rebaño".

Su persona ofrecía un perfil elegante: era alto, de recia textura, su rostro reflejaba una placidez de alma plena de cordialidad, de sencillez, de alegría. Con estas singulares cualidades no es de extrañar que niños y adultos enfermos, en cada hogar, se impacientaran esperando la hora inefable de la visita de don Antonio, pues para todos tenía chistes y anécdotas gratas y regocijantes.

¡Cuánta era su ternura y su bondad!

Doña Emilia Pardo Bazán y Blasco Ibáñez, a quienes unía una gran admiración por el naturalismo de Emilio Zola en boga aquel entonces, le visitaron cierto día, y después de admirar la colección de monedas y objetos antiguos que había podido reunir, dijo la ilustre autora de «Los pazos de Ulloa»: «Don Antonio, quedo convencida de que es usted el duende de Sagunto».

Su sobrino y compañero mío de colegio en el bachiller, el notable historiador y cronista de Játiva don Carlos Sathou Carreres, adquirió siendo un mozo una máquina fotográfica, y lo primero que hizo, antes de recorrer toda España tomando vistas importantes, fue dedicarla a tomar las de nuestros monumentos, consiguiendo que tío Antonio escribiera una bella crónica en «ABC» para ilustrarla. No le seducían las colaboraciones.

Consiguió que el teatro romano fuese declarado monumento nacional, de lo contrario la juventud de hoy no hubiera conocido ni las huellas.

El día que se empezaron las obras del, por desgracia, malogrado pantano de Azuébar, en el que Canet, Sagunto y pueblos de la Varonía cifraban justificadamente sus sueños de prosperidad y grandeza, el Ayuntamiento invitó para

presenciar el acto a muchas personalidades de Valencia, y al regresar les ofreció un lunch. Don Federico Dupuy de Lóme, nuestro querido diputado, a quien se debe el puente de la carretera, entre otras cosas, habló enalteciendo la importancia de la obra que se empezaba, extendiéndose en brevísimas consideraciones acerca del espíritu activo y emprendedor de los saiones. Requerido don Antonio por la ilustre concurrencia, abundó en aquellas manifestaciones, y al terminar dijo: que él se contentaría con que fuésemos iberos: sólo iberos. Y como don Tedoro Llorente se hallase cerca se levantó para abrazarle y le dijo: "Ahí es na, don Antonio, lo que usted pide, que seamos iberos..."

El regocijo general premió la donosa ocurrencia.

De todos era conocida su entrañable amistad con el ex compañero de Seminario, canónigo y sabio historiador, don Roque Chabás, y era un encanto en sus conversaciones oírles llamarse uno al otro: Ché, Tono; Ché, Roch.

Espíritu selecto, no transigía con lo vulgar de la vida. Supo perdonar a todos como cristiano y olvidar como caballero

Por último y de pasada, regentaba el Registro de la Propiedad en aquel tiempo el M. I. Sr. D. Salvador Rocafull y Castro, jurisconsulto eminentísimo de tal valía, que habiendo salido del Ministerio de Hacienda un decreto referente a la LEY DE IMPUESTOS Y DERECHOS REALES del político señor Osma, hermano político a su vez del nunca bastante llorado don Antonio Cánovas del Castillo, el señor Rocafull, disconforme en un todo con la doctrina que se propugnaba, escribió una carta fundamentada, razonada y contundente a su amigo don Tedoro Llorente, y a las 48 horas de publicada en «Las Provincias» produjo crisis parcial en el Gabinete de D. Raimundo Fernández Villaverde, teniendo que abandonar el Ministerio el señor Osma.

Era don Salvador buenísimo, comprensivo, amaba mucho a nuestro pueblo y como amigo íntimo de don Anto-